

# El intelectual

## y sus puntos de vista

ANTONIO COVA MADURO

En este verano que ya concluye, los venezolanos han tenido oportunidad -y necesidad- de discutir temas que, hoy más que nunca, se les han hecho muy familiares; temas que de no atravesar el país por los acelerados cambios que se le anuncian, se le hubieran quedado para siempre en el tintero.

Tocó a dos connotados articulistas de la prensa caraqueña proponerlos a una audiencia que, lamentablemente, aún no le ha dado la consideración que ellos demandan. Se trata del papel del intelectual en una determinada sociedad, de cómo él o ella deben comunicarse con todos los sectores de la misma, para la cual es fundamental el que esa intelectualidad pueda entender, tanto lo que sucede en esa sociedad, como la comprensión que de esos hechos tiene la población, o por lo menos los sectores mayoritarios de ella.

Tulio Hernández, en uno de sus acostumbrados artículos en la edición dominical del diario caraqueño El Nacional, propuso, con un caso muy concreto, el asunto. Narra Hernández la anécdota de un prominente investigador colombiano que, en compañía de un grupo de alumnos, asistió a una sala

de cine en una zona popular de Cali donde exhibían un film del típico melodrama latinoamericano. Con sus ojos acostumbrados a una estética sofisticada y con sus vísceras hechas a la crítica ácida, pronta y acerba, el grupo rápido estalló en risas y en acres comentarios sobre la película.

Mientras más acentuaba el grupo de estudiantes ese comportamiento, más se aislaban del resto de la audiencia. Llegó a tanto el asunto que el director el grupo, el profesor que ya se había contagiado del comportamiento de sus estudiantes, de pronto siente que alguien, del asiento de atrás suyo, le toca insistentemente el hombro, como solicitando, con urgencia, su atención. Lo que pasó luego no se le borraría de la mente y se convertiría -cosas de la vida- en el hallazgo científico más importante de la jornada.

En efecto, cuando el profesor voltea para responder, ve a un señor mayor que, con lágrimas en los ojos, le suplica que "por favor, no se burlen del dolor ajeno". Él, como el resto de los asistentes, estaba viviendo intensamente, "desde adentro", el drama que allí se desarrollaba y que a los estudiantes producía tanta hilaridad:

A partir de ese día, el profesor, e imagino sus alumnos más inteligentes, jamás olvidarían que, como dice la canción del grupo español Jarabe de Palo, "depende, todo depende, ¿de qué depende?. De según como se mire, de eso depende..." En cierto sentido, el señor y la audiencia por él representada, habían "entrado" perfectamente en la onda del mensaje que el film quería comunicarles. Y en ese sentido, la película era un éxito, como el Titanic (si hay cosa que vende, amigos, es una catástrofe con amores contrariados, como desde Troya), como antes Casablanca y también Psicosis.

Ese mismo domingo, pero desde su columna en El Universal, el historiador Manuel Caballero, refiriéndose al meollo de su propuesta: el chavismo de la izquierda venezolana, trató de atacar el corazón del asunto, que no es otro que cuál es el papel de los grupos esclarecidos de una sociedad, tan abundantes en el mundo de la izquierda. ¿Es, como él decía, "acompañar al pueblo en su experiencia", más bien jugar un papel fundamental en que ese pueblo vea con claridad lo que pasa y así pueda decidir lo que le conviene?

### ¿Qué tenemos pues?

Estoy seguro que, sin proponérselo, Hernández y Caballero pusieron sobre el tapete el asunto que, hoy por hoy, tiene una enorme urgencia en Venezuela. Para Hernández, la primera y a ratos quizás la única tarea del intelectual, del investigador e incluso del opinador, sería la de tratar de ver, con "los ojos que ve el pueblo", los acontecimientos que le afectan, y que, a no dudarlos, tendrán una decisiva influencia en su vida.

Con eso, no sólo el intelectual tendría de esos sucesos lo que Max Weber llamaba una adecuada "Verstehen" ("comprensión" empática, que proponía la metodología weberiana) sino que con ella en cerebro y mano podría ser de una enorme ayuda a su sociedad, con lo que terminaría creciendo en conocimiento y capacidad de análisis. No hacerlo sería, no sólo castrador, sino incluso criminal, porque de espaldas a la realidad real, valga la expresión, sus opiniones serían confundidoras y, por consiguiente, dañinas.

Esta posición, que libremente derivó de la propuesta de Hernández, tiene, es obvio, un inmenso peligro: la liquidación de la capacidad del intelectual, independientemente de en cuál lado del espectro se ubique. En efecto, "acompañar al pueblo en su experiencia" puede resultarle a éste bastante inútil y a ratos severamente perjudicial, puesto que la ayuda que él podría prestar resulta autoeliminada. ¿Para qué sirve un intelectual entonces, sino para dar lidia y hasta lástima?

Lo que, ayudado por la experiencia del investigador colombiano, Hernández anotaba con asombrosa claridad, sin embargo sigue válido y vigente: ¿de qué vale, para el mismo conocimiento que se pretende aumentar, ir a conocer nada, si ya se tiene una posición que sólo se desea corroborar? El verdadero conocimiento parecería que sólo es posible si se acepta que no debe arrancar de un "partir", como dirían los franceses.

El problema reside en que, en la misma medida que pudiera haber en el orden cognitivo una especie de adecuadas tabula rasa al inicio, uno huele que ese no es el caso en el orden afectivo. Es más, se presume que para incrementar y salvaguardar esa misma cognición, es vital que se tenga "simpatía" por el proceso que se estudia. Sería, entonces, más empatía, para más "Verstehen".

